



© COVER

¿Hay un giro en la política exterior de Blair?

Ivan Briscoe
Investigador
de FRIDE

Tony Blair se acerca al final de su mandato como Primer Ministro británico muy debilitado políticamente debido a las consecuencias de la Guerra de Iraq. En sus últimas decisiones sobre Oriente Medio se aprecia un ligero cambio de rumbo a favor del multilateralismo que muchos analistas atribuyen a la mano de Gordon Brown, que, previsiblemente, sustituirá en pocos meses a Blair al frente del Gobierno.

Casi una década después de que su llegada al poder electrificara la política británica y la rescatara de los años del thatcherismo moribundo, el Primer Ministro Tony Blair se acerca a su jubilación frente a unos ciudadanos evidentemente hartos de su liderazgo. Su deseo de concretar un legado a su gusto, anclado en su reformismo moderado y la renovación del sector público

británico, no logra por ahora superar la baja popularidad ni el desastre militar y humanitario que sus decisiones ayudaron a crear en Iraq. Solamente los giros lingüísticos, quizás más propios de su época de joven abogado, parecen servirle ahora en su defensas de la invasión de 2003 y sus secuelas. "Nosotros no causamos el terrorismo, los terroristas causaron el terrorismo", infor-

mó Blair al Parlamento el día que anunció la retirada de 1.600 soldados de los 7.100 ubicados en Iraq.

El contexto político, sumamente desfavorable para el Partido Laborista —que tiene en el líder conservador David Cameron un rival fotogénico, simpático y vacío de propuestas concretas— ha contribuido sin duda a la retirada. Con toda probabilidad, Blair cederá el poder dentro de unos meses a su aliado eternamente antagónico, el actual Ministro de Finanzas Gordon Brown. Y es la mano de Brown, mucho más cauto en temas diplomáticos —aunque habla poco de política exterior— y muy preocupado por la caída libre de los laboristas en los sondeos, la que se vislumbra tras la retirada.

Blair tampoco podía evitar las voces crecientes de discordia en sus fuerzas armadas, expresada con toda franqueza en *The Daily Mail* el año pasado por el jefe del ejército, General Richard Dannatt, que comentó que la presencia británica en Iraq “exacerbaba los problemas de seguridad”. La ocupación británica de Basora, donde la mayoría chií se levantó en contra de Saddam Hussein al final de la primera Guerra del Golfo para después recibir una típica venganza despótica, generó muy poca resistencia popular al principio. Pero el auge del movimiento de Moqtada al-Sadr en 2004,

nuevas fuerzas de seguridad, este brote de acciones criminales y convulsiones institucionales representaron un fracaso estrepitoso, en que distinguir entre enemigo y aliado se convirtió en dilema cotidiano. Hasta finales de febrero de 2007, 132 soldados británicos también habían perecido en la misión de Iraq.

En comparación a las matanzas diarias sectarias de Bagdad, el desenlace de la ocupación de Basora seguramente aparece como un mal menor. Pero, al igual que el centro sunní del país, la brecha entre la retórica transformativa de la época pre-guerra y la realidad sórdida y salvaje de la “reconstrucción” ha sido enorme, y particularmente dañina para Blair. George W. Bush indudablemente sufre el desgaste político de la violencia incontrolable y la continua alza de los más de 3.000 muertos americanos, pero desde su mandato de Gobernador de Texas siempre se ha jactado de una cierta vocación sanguinaria. Blair, por su parte, tiene la desgracia de acomodar la situación en Iraq a su reputación de visionario y estadista, a su romance con los medios, a la certidumbre de que podría convencer a cualquier persona por la calidad de su argumentación.

Esta contradicción hace que los últimos días de Blair tengan su dosis de patetismo. Todavía empeñado en impresionar y convencer, el Primer Ministro no logra evitar el tema de Iraq, a pesar de la pérdida de sus poderes persuasivos en el tema y su admisión de que allí existe “una orgía de violencia.” De vez en cuando, recurre a los axiomas de política internacional que le guiaron durante los meses anteriores a la guerra, cuando Blair, hiper-mediatizado como nunca (un “pregonero sobre un tanque” en palabras del dramaturgo David Hare), insistió en enfrentar las muchas dudas públicas con una verdadera cruzada por los estudios de televisión.

Irónicamente, son axiomas que siguen teniendo mucha validez. En primer lugar, insistió Blair que los atentados del 11 de septiembre habían revolucionado el significado de la seguridad mundial, subrayando el nuevo peligro de grupos no-estatales e integristas, con acceso a tecnología punta y listos para morir. Segundo, el nuevo contexto internacional incluía ciertos agujeros negros, países de poca ley y mínimos servicios públicos, donde una política más intervencionista —llamémoslo “liberalismo muscular”— era de interés general por motivos de estabilidad, como ya había demostrado el despliegue militar británico en Sierra Leona en 2000. La combinación de los dos peligros deno-

El ocaso de Blair abre la puerta a una nueva orientación en la política exterior británica orientada hacia la diplomacia multilateral más que hacia el unilateralismo atlantista.

la esclerosis de las instituciones post-dictatoriales, y la lucha entre facciones y personalidades con tintes fundamentalistas pronto dieron lugar a un caos islamista en las calles y comisarías de la ciudad.

No se sabía exactamente que hacían los soldados británicos en el sur de Iraq, ni por qué. Las batallas con los ciudadanos o la policía eran constantes, siendo la policía iraquí la responsable de varios escuadrones de muerte. El periodista estadounidense Steven Vincent describió en agosto 2005 su entrevista con un jefe policial, que le confirmó al reportero la existencia de un “coche de muerto”, un Toyota blanco circulando por las calles de Basora a la busca de antiguos miembros del partido baathista. Días después, un coche parecido raptó a Vincent, que luego apareció muerto junto a una carretera. Para los miles de británicos enviados con el objetivo de patrullar la ciudad y entrenar las

tó una inminente anarquía internacional, e Iraq fue supuestamente su encarnación.

Por supuesto ni las amenazas fueron tan nuevas ni el intervencionismo (sobre todo militar) tan incuestionable. Pero el punto débil del argumento se encuentra más en la aplicación que en la teoría. Suena obvio, después de Iraq, que un sistema multilateral es la única forma de evitar una inclinación a favor de intereses nacionales poco humanitarios en las intervenciones preventivas, mientras que cada acción militar debe medir con muchísima cautela los riesgos de añadir caos a la miseria y la tiranía existentes en Estados fallidos. Blair, impresionado por el vigor de los *va-t-en guerre* de la Casa Blanca, imbuido de "misión histórica" después de su victoria electoral de 2001, trató el nuevo mapa geopolítico como un problemilla más de su exitosa carrera, necesitando un *quick fix* con acción rápida, titulares positivos en los diarios, y ninguna ruptura en la relación con los poderosos de Washington.

"No es el momento para medir los riesgos con un balance infinito", aseveró Blair sobre las supuestas armas destructivas de Saddam. Para los ciudadanos británicos, sin embargo, la paciencia con el impaciente Blair empezó a derretirse horas después de su momento de mayor gloria, en una transformación de fortuna netamente faustiana. En julio de 2003 en un vuelo desde Washington, donde las dos Cámaras de Congreso otorgaron al Primer Ministro fervorosos aplausos y una medalla de oro —aquel discurso de Blair es todavía un modelo de soberbia política— le informaron del suicidio de David Kelly, un prominente inspector de armas y experto en el arsenal de Iraq. Poco a poco, y a pesar de la exoneración de su Gobierno de toda culpa en la muerte del Doctor Kelly en el llamado "Informe Hutton", salieron a la luz las manipulaciones de los informes de los servicios de la inteligencia, los avisos ignorados sobre los peligros en Iraq, y las mentes ministeriales limpias de toda sensibilidad cultural o religiosa.

Multilateralismo

Aunque insiste en que sus razones de base fueron siempre buenas, el ocaso de Blair sugiere que la nueva diplomacia del Partido Laborista se anclará mucho más en la legitimidad multilateral, tan ausente en los primeros meses de 2003. Días después del anuncio de la retirada parcial de Basora —las tropas que quedan hasta al año que viene se refugiarán en la base aérea— el Gobierno mandó 1.000 tropas más a Afganistán. Esta última misión, extremadamente difícil en térmi-

nos operativos pero de origen legítimo, seguramente ocupará toda la atención militar en los próximos años. Allí, como Brown seguramente quiere, los británicos encuentran una fuerza internacional de la OTAN, un enemigo identificable (a pesar de sus facciones moderadas y extremistas), y un Estado verdaderamente débil; además, ha sido sencillamente imposible para el ejército profesional británico luchar simultáneamente en los dos frentes.

Los ciudadanos británicos, en contraste con Italia y España, apoyan la misión en Afganistán, siguiendo así una larga tradición bélica e intervencionista en los territorios montañosos del Gran Juego Colonialista. Pero el momento que todos los políticos del país temen es una nueva irrupción de violencia y crisis en el Oriente Medio, "el arco de extremismo", según la nueva terminología de Blair. El punto más temido de crisis es Irán: la especulación en los medios británicos acerca de un plan de ataque de Estados Unidos contra blancos nucleares iraníes ha sido intensa en los primeros meses de este año.

No se sabe con certeza si estos planes son meramente teóricos, o si existe una intención política de encender un nuevo frente de guerra en la región. Ni se sabe si los altos militares de los Estados Unidos estarían dispuestos a implementar las órdenes de ataque. Pero es evidente en los comentarios de los ministros laboristas, y en la actitud general de los ciudadanos británicos, que ningún ataque más del estilo "preventivo" se tolerará sin fundamentos multilaterales y causas muy sólidas. Estar en Afganistán, en batalla constante, por lo menos blindará al Gobierno británico contra la obligación de ofrecer un apoyo material a Washington si el delirio militar realmente se instala.

Las líneas divisorias entre las dos cuerdas del nudo anglosajón ya se están trazando, como mostraron los comentarios muy opuestos de la Ministra británica de Asuntos Exteriores, Margaret Beckett, y el Vice-presidente de Estados Unidos, Dick Cheney sobre la voluntad pakistaní de destruir bases de Al Qaeda en la región fronteriza con Afganistán: lo que para Beckett era un asunto estrictamente interno de Pakistán fue, para Cheney, una obligación inmediata de "buen comportamiento". No hay duda de que la época de medallas de oro en el Capitolio ha pasado; ahora, queda por ver si un brote de inestabilidad en Oriente Medio, en un contexto de fuerte competencia electoral en el Reino Unido, terminará por congelar "la relación especial" entre los dos países. **TEMAS**